

¿Historias de guerra o guerras por la historia?
Consuelo Figueroa Garavagno
Pp. 297 a 307

¿HISTORIAS DE GUERRA O GUERRAS POR LA HISTORIA?¹

Consuelo Figueroa Garavagno (*)²

Que los relatos de guerra están entre los que mayor centralidad han alcanzado dentro de las narrativas historiográficas nacionales, es algo que nadie pone en duda, en particular para aquellos relatos del siglo XIX, cuando los Estados-Nación se encontraban en pleno proceso de afianzamiento en el mundo occidental. El caso de América Latina es particularmente interesante, toda vez que, a consecuencia de los movimientos independentistas que se originaron durante las primeras décadas del siglo, los conflictos bélicos –externos e internos- se transformaron en una constante en la región³. Sin embargo, pese a su centralidad, las guerras no se han constituido en objeto de análisis que vaya más allá de las meras descripciones –generalmente épicas- de los eventos bélicos, lo que ha redundado en una aceptación incuestionable del binomio guerras-nación, como partes indisolubles de un mismo proceso⁴. Al

(*) Doctora (c) en Historia, State University of New York-Stony Brook.

Correo electrónico: consuelo.figueroa@udp.cl

¹ Este artículo es una versión más elaborada de la conferencia presentada por la autora en la Quinta Jornada de Historia organizada por la Escuela Militar titulada *Guerra contra la Confederación Perú Boliviana: surgimiento de la identidad nacional*, la que se llevó a cabo el día 5 de junio de 2008. Además es parte de la investigación que actualmente se encuentra realizando para la consecución del grado de Ph.D. en Historia de América Latina, en la State University of New York at Stony Brook.

² Docente, investigadora Escuela de Historia de la Universidad Diego Portales.

³ Además de toda la literatura e historiografía nacionales de los distintos países que conforman América Latina, es interesante revisar el texto de Earle, Rebecca (editors), *Rumors of Wars: Civil Conflict in Nineteenth-Century Latin America*, Institute of Latin American Studies, London, 2000. El texto es una compilación de distintos artículos que abordan el impacto de las guerras, particularmente de las guerras civiles, durante el siglo XIX en América Latina.

⁴ Si bien Hannah Arendt aborda el tema de la guerra, lo hace en un contexto más amplio, enmarcado en el fenómeno de la violencia. Arendt, Hannah, *Sobre la violencia*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, 1970. Arlette Farge, en su texto *Lugares para la historia*, incluye un capítulo en el que analiza las guerras como objeto filosófico e histórico. Su estudio se centra en los conflictos bélicos del siglo XVIII europeo, proponiendo traspasar el “reino de la historia-batalla” para analizar la guerra como “un objeto eludible, desmontable, aislado de las otras guerras, escapando a la fatalidad de estereotipos que rigen tantos eruditos y nos obligan a expresarnos con una exorbitante letanía de lugares comunes...”. Farge, A. *Lugares para la historia*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2008 (1997), p. 50.

respecto, la historiografía frecuentemente ha argumentado que es, justamente, en las guerras donde se originaría y desplegaría el verdadero espíritu e identidad nacional⁵, representado en las acciones de los grandes héroes, las arengas patriotas y las hazañas épicas.

Este ensayo propone dejar de lado las vertientes descriptivas de los conflictos bélicos y sus eventuales efectos en las construcciones identitarias, para reflexionar sobre los orígenes, naturaleza y difusión de las ideas de nación y nacionalismo en relación a las narrativas que han surgido en torno a dichos conflictos. En otras palabras, se busca hurgar en los vínculos que subyacen a la tríada guerras-historias-naciones, entendiéndola como una articulación conflictiva –generalmente de forma imperceptible– signada por las luchas y combates que se libran, ya no necesariamente en los campos de batalla, sino en la narrativización de los relatos históricos asociados a las conflagraciones bélicas. La relación de estas tres categorías ha fortalecido una alianza que ha terminado por cubrir bajo un manto de naturalidad y aquiescencia, no sólo la nación como entidad supuestamente real y genuina, sino también las guerras como epítomes de la nacionalidad, fundada en los relatos históricos que de ellas se hacen. Para estos efectos, nos centraremos en algunos aspectos de cómo ha sido narrada la Guerra contra la Confederación Perú Boliviana, así como las otras tantas guerras desatadas durante el siglo XIX en Chile, en un contexto más amplio que permita entenderlas, ya no como los pretendidos hitos fundantes de la nación, sino como parte de los discursos historiográficos que han devenido hegemónicos y que, bajo claros objetivos políticos, buscan establecer y propagar un imaginario en el que la nación constituiría una existencia no sólo aceptada, sino irrefutable.

Que las naciones y los nacionalismos son artefactos creados, es hoy una aseveración ampliamente aceptada⁶. Sin embargo, llama la atención que pese a ser invenciones imaginadas, ellos sigan siendo percibidos como “común-unidades” naturales y *sempiternas* investidas de existencia real y genuina. El tránsito de estas

⁵ Aquí destaca sobre todo la historiografía militar y nacionalista. Para el caso de Chile, ver entre otros estudios: Estado Mayor del Ejército, **Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile 1810-1891**, Academia de Historia Militar, Santiago, 1981; y Arancibia Clavel, Patricia, **El Ejército de los chilenos. 1540-1920**, Editorial Biblioteca Americana, Santiago 2007. Desde otra perspectiva, Mario Góngora ha argumentado que las guerras han jugado un papel clave en la construcción del Estado nacional chileno, dando origen a la idea de país de guerra. Góngora, Mario, **Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX**, Editorial Universitaria, Santiago (1986).

⁶ El debate sobre los orígenes de las naciones y los nacionalismos tiene una larga data. En la segunda mitad del siglo XIX, Ernest Renan en su famoso discurso *¿Qué es la Nación?*, puso en discusión el supuesto origen atávico atribuido por las distintas corrientes románticas a la idea de nación, poniendo, en su lugar, énfasis en el ejercicio voluntario diario (“un plebiscito de todos los días”). En Fernández Bravo, Álvaro, **La invención de la nación: lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha**, Manantial, Buenos Aires. En la primera mitad del siglo XX, autores como Federico Chabod, continuaron el debate, desmontando la supuesta neutralidad y esencialismo de las naciones. Chabod, Federico, **La idea de nación**, Fondo de Cultura Económica, México, 1987 (1944). Sin embargo, fue al inicio de la década de 1980 cuando muchos intelectuales, ante la sorpresa no sólo de la persistencia, sino de la fuerza que seguían generando los nacionalismos en el mundo entero, comenzaron a replantearse, desde nuevas perspectivas, el origen, difusión y sentido que han tenido las naciones en el mundo. Algunos de los estudios más importantes que surgieron en la época son Anderson, Benedict, **Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el**

naciones y nacionalismos de creaciones abstractas a existencias reales ha seguido complejos y enmarañados caminos que terminaron instalándolos como fenómenos incuestionables. Símbolos nacionales, himnos, emblemas, monumentos, conmemoraciones patrias, establecimiento de límites territoriales y otros, han jugado un papel central en este proceso. Sin embargo, la convicción de ser partícipes de una trayectoria alegadamente común ha sido quizás uno de los elementos más relevantes a la hora de plasmar rasgos de estabilidad y permanencia a la idea de la nación como una existencia auténtica y real. La disciplina histórica ha jugado aquí un papel clave. Al respecto, no es extraño que ésta haya corrido, en su vertiente decimonónica moderna, en forma paralela a la constitución y afianzamiento de la idea de nación, configurando el imaginario de esa trayectoria.

Así, la historia, o más bien, la historiografía se ha constituido en la gran hacedora de las naciones. Parafraseando a Dipesh Chakrabarty, la disciplina histórica no sería más que el artífice que ha mantenido arbitraria y rígidamente las fronteras de los Estados nación⁷; en este caso, fronteras discursivas que han devenido en la configuración de los sentidos de pertenencia y exclusión a los mismos. Entra aquí el debate en torno a los grados de ficcionalidad que contiene la historia, toda vez que ésta debe, necesariamente, tomar la forma de narrativización⁸. Esta narrativa supone una linealidad, particularmente evidente en la historiografía liberal decimonónica, fundada en la idea de progreso, que es la que le da inteligibilidad al relato, estableciendo –como ciencia de la particularidad– conexiones de causa y efecto. De allí que, tanto la historia como la nación, tomen cuerpo en cuanto se apropian de una temporalidad signada por los grandes acontecimientos. Tal parece que uno de los puntos clave son las formas de abordar, concebir e imaginar esa temporalidad, esto es, los engranajes y articulaciones entre los tiempos pasados, presentes y futuros. De este modo, las trayectorias históricas toman cuerpo, sí y sólo sí, éstas logran alcanzar un sitio en ese tiempo cronológico. En el siglo XIX la historia, como ciencia, estudiaba los grandes hechos particulares, circunscribiendo los otros a un orden a-temporal, incluso mítico. De una parte, al otorgarle un carácter cientificista, objetivo y supuestamente neutral, toda vez que podía constatararse con documentos y archivos, la historiografía se contraponía al tiempo circular atribuido a las sociedades arcaicas y míticas consideradas atrasadas, circunscribiéndose sólo a aquellos hechos comprobables por la evidencia. El influjo ejercido por las corrientes positivistas fue aquí clave. De otra parte, sin embargo, esta misma linealidad pretendidamente

origen y difusión del nacionalismo, Fondo de cultura Económica, México, 1993 (1983); Gellner, Ernest, **Naciones y nacionalismos**, Alianza Editorial, Madrid, 1988 (1983); Hobsbawm, Eric, **Naciones y nacionalismos desde 1870**, Crítica, Barcelona, 2000. Hoy la discusión ha sido nutrida desde otras miradas, siendo fundamentales aquí, los estudios que desde el género han hecho una crítica notable a los análisis androcéntricos de las naciones (i.e. McClintock, Anne, **Imperial Eláter. Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest**, Routledge, New York, 1995), y aquellos que han emergido desde el debate poscolonial de las mismas (i.e. Chatterjee, Partha **Nationalist Thought and the Colonial World**, Zed Books, London, 1986).

⁷ Chakrabarty, Dipesh, **Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference**, Princeton University Press, Princeton, 2000.

⁸ White, Hayden, **El texto histórico como artefacto literario**, Ediciones Paidós, Barcelona, 2003.

ascendente, no haría sino evidenciar las discontinuidades de la temporalidad en la historia, en tanto que sus vínculos se establecen, necesariamente, entre rupturas temporales, signadas por los grandes hitos. En este sentido, los acontecimientos quedarían establecidos y fijados, como islas inconexas, que sólo adquieren sentido por la narratividad introducida por los historiadores.

Uno de los hitos históricos que más impacto tuvo por la relevancia alcanzada en los relatos asociados a la construcción de la nación, fueron justamente los conflictos bélicos externos, y hago la salvedad del carácter internacional de las guerras, toda vez que los enfrentamientos intestinos conflictuaron mucho más el relato de la trayectoria comunitaria nacional; el caso de la mal llamada “Pacificación de la Araucanía” y el permanente silenciamiento al que ha estado sometida en las narrativas históricas, es un claro ejemplo de ello⁹. Hoy no es para nadie extraño que la historiografía tradicional, especialmente aquélla producida durante el siglo XIX, se haya dedicado con tanto entusiasmo a los relatos de los grandes conflictos bélicos tanto en Chile, como en el mundo. Fue, sin duda, la obsesión por la construcción de identidades nacionales, hasta entonces frágiles y vagas, especialmente en América Latina, lo que determinó a ciertos grupos de interés e instituciones asociadas al Estado, a crear una historia circunscrita por lo que conocemos como la historia nacional¹⁰. El influjo ejercido por las concepciones europeizantes de la historia y de la nación, son aquí, fundamentales. De algún modo, la construcción histórica nacional, permitió a los nuevos Estados, hacerse partícipes de las corrientes universales de la historia, en tanto narración y devenir que marcha hacia el progreso¹¹. Estas narrativas se caracterizaron por prestar atención casi exclusiva a aquellos acontecimientos que evidenciaran en el espacio público y, particularmente político, el avance de la nación hacia estadios de desarrollo superiores. Los combates y batallas, especialmente los victoriosos, fueron aquí centrales. Al decir de Carmen McEvoy “...las sociedades son, hasta cierto punto, la suma total de sus historias de guerra”¹².

Al respecto, abundan las narrativas épicas, en las que el protagonismo de los acontecimientos recae en grandes héroes, generalmente hombres, investidos de características descollantes producto de su actuación en episodios bélicos que han pasado a formar parte del imaginario nacional. Son ellos los que han llenado de significado los textos escolares, las plazas públicas, los nombres de edificios y calles de nuestras ciudades. En el caso de Chile, pese a la insistencia de algunas corrientes

⁹ Menos evidente, pero igualmente llamativas, son las guerras civiles desatadas en el siglo XIX, las que si bien entran en la mayoría de los relatos históricos, suelen ser abordadas en términos muy generales insistiendo en el carácter nacional de las mismas, esto es, evitando poner el acento en los quiebres y fracturas del proyecto nacional.

¹⁰ Es importante señalar aquí que la mayoría de los textos de historia nacional, escritos durante el siglo XIX, surgieron al amparo de la Universidad de Chile, en formato de memorias de grado.

¹¹ Guha, Ranajit, *History at the Limit of World History*, Columbia University Press, New York, 2002.

¹² Mc Evoy, Carmen, “Bella Lima ya tiembles llorosa del triunfante chileno en poder. Una aproximación a los elementos de género en el discurso nacionalista chileno”. En Henríquez, Narda, *El hechizo de las imágenes: Estatus social, género y etnicidad en la historia peruana*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2000, p. 201.

historiográficas por destacar la ausencia de caudillismo y confrontaciones internas que habrían resultado en el desarrollo de una política de carácter republicano o, al decir de Alberto Edwards la instauración de un “Estado en forma”, el ambiente de beligerancia fue una constante durante todo el siglo XIX. En efecto, como señala Mario Góngora en su famoso libro, **Ensayo sobre la noción de Estado en Chile**, cada generación vivió una guerra¹³. Partiendo con los movimientos de Independencia, siguiendo con la llamada Guerra a Muerte, la guerra civil de 1829, la Guerra contra la Confederación Perú Boliviana, las guerras civiles de 1851 y 1859, la Guerra contra España, la Guerra del Pacífico y la Guerra o revolución de 1891, sin olvidar, por supuesto, la permanente guerra librada contra las comunidades Mapuche en la región del Bío Bío, se puede afirmar que se estaba lejos de alcanzar la pretendida paz pública. Si bien muchos de estos conflictos fueron contra Estados naciones que estaban en el mismo proceso de asentamiento y consolidación, no puede soslayarse el hecho de que otros representaron graves fracturas internas dentro de la nación. Por lo demás, la recurrencia de guerras externas, habla también de una necesidad por establecer límites claros de inclusión y exclusión de la comunidad que, parafraseando a Benedict Anderson, estaba en pleno proceso de imaginación.

Pero, ¿cómo entender el enorme protagonismo que han tenido las guerras en los relatos históricos? Probablemente, hasta hace algunas décadas, ésta no era sino una pregunta insensata, toda vez que se daba por sentado que la historia se alimentaba básicamente de los grandes eventos de carácter político y militar. Sin embargo, hoy, se ha vuelto una necesidad replantearse la utilidad, significado y consecuencias que ha traído la naturalización de las guerras como dispositivos esenciales de la historia. De una parte, es importante subrayar que las guerras externas han sido un elemento clave a la hora de establecer un sentido de comunidad que se yergue por vía de oposición al otro. Esta afirmación cobra más sentido al desentrañar las formas en que esa oposición se ha construido. Evidentemente, los relatos, es decir, el cómo se significa la narrativa de las guerras, están cargados de simbolismos e imágenes que terminan por provocar estigmatizaciones artificiosas. Las nociones de género, raza y clase son, al respecto, fundamentales –aunque muchas veces, solapadas- en establecer caracterizaciones fijas de sujetos, acciones y acontecimientos que pasan a formar parte o no, de la historia. Desde esta perspectiva, las inclusiones o exclusiones van más allá de la delimitación de lo supuestamente nacional, en términos de fronteras externas claras y fijas, implicando también el establecimiento de pertenencias o rechazos de sujetos que quedan dentro de sus propios límites. En otras palabras, estas categorías de género, raza y clase han sido claves en definir “...aquellos contenidos que unen un territorio concreto a una parte de su población, al tiempo que ‘otras’ están excluidas”¹⁴.

¹³ Góngora, Mario, Op. cit., p. 32.

¹⁴ Mc Cowell, Linda, **Género, identidad y lugar**, Ediciones Cátedra, Madrid, 2000, p. 251.

Al respecto, pese a que muchas veces no es explícito, la insistencia en feminizar o masculinizar a uno u otro bando, es una constante. Al describir el ánimo reinante en los momentos inmediatamente anteriores a la guerra, Ramón Sotomayor Valdés, uno de los historiadores que ha estudiado con más ahínco la Guerra contra la Confederación Perú Boliviana, no tiene reparos en señalar que “El gobierno chileno dio una mirada excrutadora [sic] a la situación i circunstancias del pueblo que gobernaba, i sompesó [sic] los elementos que le ofrecía para emprender la guerra: recursos pocos, patriotismo mucho, virilidad de sobra”¹⁵. En ésta y otras narrativas, la atribución de características viriles y masculinas a la nación chilena, se enfrenta implícitamente a la feminización de sus contrapartes –Perú y Bolivia. Sin embargo, la afirmación contiene en sí misma, contradicciones que traspasan el mero menosprecio por el otro. Por de pronto, destacar el carácter masculino atribuido a la nación chilena fija el protagonismo histórico en características tales como la valentía, el coraje y el espíritu de beligerancia, el que, por oposición, negaría la actuación femenina –ya no peruana o boliviana, sino chilena- en el quehacer histórico. De allí que Anne McClintock haya aseverado que todos los nacionalismos tienen género, todos son inventados y todos son peligrosos¹⁶, aludiendo justamente a este tipo de exclusiones soterradas.

Más evidente aún resultan las caracterizaciones raciales adjudicadas a los implicados. En una descripción que hacía Ignacio Domeyko acerca del General Andrés de Santa Cruz, esto queda claramente explícito:

Santa Cruz por su cara y su figura tenía el aire de un simple indio de las cordilleras bolivianas, de las tribus que hablan quechua o aimará. De una talla tan pequeña como Thiers, flaco, seco, de un color cobrizo, frente ancha y cabellos negros y gruesos. Sus ojos eran negros de ébano, brillantes, pero con una expresión de desconfianza, sus mejillas anchas y salientes, los labios espesos, la cara siempre afeitada. Nada deja ver en él tristeza. No tenía aire de meditar mucho lo que hablaba, sin embargo, no decía tonterías. Su juicio era recto, con cierta penetración y espíritu práctico, pero con poca ciencia¹⁷.

Es por la vía del reconocimiento de algunas características consideradas como positivas –“no decía tonterías”- que se validaban todas las otras adjetivaciones negativas del personaje. La insistencia en la procedencia indígena del “Protector” (Ramón Sotomayor Valdés, reparará en que es hijo de la cacica Calaumana¹⁸), funciona como un doble dispositivo. Por una parte, se estigmatiza vía el menosprecio

¹⁵ Sotomayor Valdés, Ramón, *Campaña del ejército chileno contra la Confederación Perú-Boliviana*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1896, p. 13.

¹⁶ Mc Clintock, Anne, Op. cit., p. 260.

¹⁷ Citado en López Urrutia, Carlos, *Historia de la Guerra contra la Confederación Perú Boliviana*, Editorial El Cipsrés, Santiago, 2000, p. 13.

¹⁸ Sotomayor Valdés, Ramón, Op. cit., p. 14.

al otro, y por otra, se construye un imaginario en el que el “nosotros” constituiría una entidad no sólo real sino que además superior en términos raciales. Al respecto, la politóloga Iris Marion Young, señala que el elemento clave de la constitución de los nacionalismos “estriba en confinar a los ‘demás’ dentro de sus cuerpos. Por eso, los discursos dominantes definen al ‘otro’ según las características físicas, y lo construyen como un cuerpo feo, sucio, profano, impuro, contaminado o enfermo”¹⁹. No muy lejos está el trato que en la actualidad siguen sufriendo inmigrantes peruanos y bolivianos radicados en Chile.

Dentro de esta configuración del ‘otro’ como un cuerpo feo, una de las imágenes que se ha utilizado con más recurrencia a la hora de representar la nación, ha sido la de la “gran familia”, como una entidad de carácter natural, propia y distintiva de otras colectividades. Por de pronto, Anne Mc Clintock advierte que el vocablo ‘nación’ deviene justamente de la palabra ‘nacer’²⁰. Sin embargo, -siguiendo el argumento de la autora- pese a que las naciones se entienden como asociaciones que emergen desde el espacio doméstico, éste ha sido concebido, tradicionalmente, como un espacio a-histórico, lo que se ha constituido en una de las paradojas de las historias nacionales. No es extraño, entonces que la historiografía, a través del relato de los acontecimientos públicos teja una construcción que termina por esconder las relaciones y conflictos de género, raza y clase internos, para trasladarlos a pugnas con ‘otros’ que se ubican fuera del espacio nacional.

Al respecto, no debe perderse de vista que la mayoría de las guerras externas libradas en el país durante el siglo XIX, con excepción del extenso conflicto de Arauco, se llevaron a cabo en contra del otrora Virreinato del Perú, del que se había dependido por más de tres siglos. No es descabellado pensar que estos conflictos fuesen parte de una obsesión por establecer una identidad a partir de la diferenciación tajante respecto de los vecinos del norte. De hecho, la Guerra contra la Confederación Perú Boliviana, puede situarse en un continuo intento por marcar esta distinción que ya se inicia en el siglo XVIII cuando la corona española, al poner en marcha las distintas políticas asociadas al reformismo borbónico, dota de altos grados de autonomía a la capitanía general de Chile, en desmedro del antiguo poder ejercido por el Virreinato²¹. La distinción que se enfatiza, de allí en adelante, se construye, básicamente, en oposición a los países del norte.

Pero, volviendo a la interrogante planteada en torno al protagonismo de las guerras en los relatos históricos, me parece que hay una segunda dimensión que no puede desatenderse, y que se relaciona con el hecho de que, si bien estos conflictos tuvieron claramente una existencia real, el modo de relatarlos no sólo no es siempre

¹⁹ En Mc Dowell, Linda, Op. cit., p. 264.

²⁰ Mc Clintock, Anne, Op. cit., p. 357.

²¹ Ver Jocelyn-Holt, Alfredo, **La independencia de Chile. Tradición, modernización, mito**, Mapfre, Madrid, 1992.

el mismo, sino que según la forma que tome, va a significar de distintas maneras a la nación. Es común que en la narración de los conflictos bélicos se establezcan con extremada –casi obsesiva– precisión los días, horas, minutos e, incluso, segundos en los que se desarrollaron los acontecimientos. Sin embargo, la imposibilidad de aprehender cada uno de los eventos acaecidos y sus temporalidades, deviene en un encadenamiento de hechos que quedan, a la postre, artificialmente vinculados. Así, el relato cronológico, tan propio del modelo histórico ilustrado²², sirve como una apropiación de temporalidades pretendidamente coherentes, que no hacen más que fijar en forma rígida el conocimiento y percepción de la trayectoria nacional. Al respecto, Benedict Anderson, haciendo uso de la noción de “tiempo homogéneo vacío” previamente planteada por Walter Benjamin, pone en evidencia el artificio. En este tiempo moderno, “...la simultaneidad es, por decirlo así, transversa, de tiempo cruzado, no marcada por la prefiguración y la realización, sino por la coincidencia temporal y medida por el reloj y el calendario”²³. Este tiempo no sería, en palabras de Jacques Le Goff, sino un “objeto social” que permitiría la absorción de los tiempos históricos²⁴, absorción llevada a cabo por medio del uso de la escritura.

En efecto, es la acción de escribir y dejar inscripto los eventos seleccionados, la que termina estableciéndolos como verdades irrefutables, a través de su fijación e inmovilización en la trayectoria temporal. Si bien los acontecimientos históricos se caracterizan por su flexibilidad, movimiento y fluidez, la apropiación de ellos, aferrándolos a una temporalidad cronológica que no persigue sino una pretensión de veracidad, no hace más que rigidizarlos artificialmente. Es lo que se desprende del relato que hace Carlos López Urrutia, sobre el ambiente que se vivía en Chile después de conocerse el resultado del combate librado en Matucana,

...el efecto más saludable de la victoria fue en Chile. Al conocerse los logros del Ejército, un enorme sentimiento de solidaridad patriótica despertó en todos los chilenos. Eran ahora los descendientes de los Catorce de la Fama, del toqui Lautaro, de los dragones y granaderos de Chacabuco y Maipú, los que cabalgaban y marchaban a vencer sin escatimar sacrificios... Casi mil voluntarios se presentaron para ir a la guerra... La señora Mercedes Morán de Barros escribió al Ministro lamentando la muerte de su hijo Francisco en Matucana, pero ofreciendo a la patria sus otros tres hijos varones²⁵.

Llama la atención la mezcla de imágenes invocadas, sugiriendo, claramente que la nación, entidad supuestamente viva y real, se haría manifiesta, en cuerpo y espíritu, en ese acontecimiento. La presencia de los indígenas, representados en la figura de Lautaro, entonces en flagrante conflicto con el emergente Estado chileno; de las mujeres, representadas en la misiva que Mercedes Morán de Barros envió al Ministro

²² Duara, Prasenjit, *Rescuing History from the Nation*, The University of Chicago Press, Chicago, 1995, pp. 4-5.

²³ Anderson, Benedict, *Op. cit.*, p. 46.

²⁴ Le Goff, Jacques, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, Editorial Paidós, Barcelona, 1991, p. 184.

²⁵ López Urrutia, Carlos, *Op. cit.*, p. 99.

–para ese tiempo, excluidas de su participación pública-; y de las tropas involucradas en las guerras de la Independencia –las que habrían participado indistintamente en alianza con patriotas y realistas-, no serían sino la constatación de una identidad nacional, que, no obstante limitar la participación real de muchos, les incorpora en términos discursivos.

Otro tanto sucede con el levantamiento de estatuas y monumentos patrios. Nuevamente traigo a colación a Anderson quien señala que “No hay emblemas de la cultura moderna del nacionalismo más imponentes que los cenotafios y las tumbas de los Soldados Desconocidos. La reverencia ceremonial pública otorgada a estos monumentos, justo *porque* están deliberadamente vacíos o nadie sabe quién yace allí, no tiene verdaderos precedentes en épocas anteriores... Pero aunque estas tumbas estén vacías de restos mortales identificables o de almas inmortales, están saturadas de imaginерías *nacionales fantasmales*”²⁶. Al respecto, si bien el monumento al *Roto Chileno* –homologable a los cenotafios y tumbas al soldado desconocido a los que hacía alusión Anderson- fue erigido en Santiago en el año 1888, bastante tiempo después de librada la Batalla de Yungay donde éste habría despuntado por su coraje y valentía, representaría ese vaciamiento “ya que –de algún modo- nadie sabe quién yace allí”. El punto es que esa ausencia estaría, al mismo tiempo, paradójicamente atiborrada de imágenes y símbolos. ¿Quién es el Roto chileno? Definiciones pueden haber muchas, pero me gustaría aventurar aquí una hipótesis. En medio del levantamiento de figuras oligárquicas prominentes, era necesario erigir una imagen sacra que integrara, por lo menos discursivamente, a los sujetos populares. No es casualidad que pese a que, como señalaba con anterioridad, la figura del Roto emergió como imagen heroica en la Guerra contra la Confederación, su estatua se haya levantado en 1888, en medio de las llamadas “cuestión social” y “cuestión obrera”, las que pusieron de manifiesto la fragmentación social y exclusión de parte importante de los integrantes de la nación. Por de pronto, recordemos que el voto seguía siendo restrictivo, limitando la participación política en los destinos de la nación.

Aquí descansa otra contradicción, si por una parte se busca enfatizar el sentido de pertenencia, era necesario que éste se incentivara vía la construcción de imaginarios estáticos, en los que su representación quedara congelada en un pasado heroico. Desde esa perspectiva, por mucho que la historia haya pretendido emanciparse de los supuestos tiempos arcaicos y míticos, asumiéndolos como evidentes signos de atraso e incultura, su insistencia en la fijación de las temporalidades lineales, pretendidamente modernas, terminan también por anclar un pasado que se sitúa en una circularidad, con fuertes caracteres míticos. Si no, ¿cómo se entienden las conmemoraciones periódicas de los grandes acontecimientos históricos?, ¿no es una reactualización de los orígenes míticos de la nación?, ¿no se constituye finalmente en lo que Mircea Eliade ha denominado como *el tiempo primordial*²⁷ es decir aquel

²⁶ Benedict Anderson, Op. cit., p. 26.

que se sitúa siempre en un eterno retorno? De algún modo, la historia representa y perpetúa el pasado como un tiempo muerto, detenido, estático, diferente al presente. De esta perspectiva, no es extraño que las conmemoraciones estén generalmente asociadas al martirio o muerte de héroes sacralizados e inmortalizados por la historiografía nacional. Es por todo esto que la pregunta que encabeza este artículo –“¿Historias de guerra o guerras por la historia?”- pone en cuestión la pretendida objetividad de la temporalidad histórica asociada a las guerras –supuestamente lineal, progresiva y ascendente- para entenderla también como parte de esos otros tiempo, concebidos como míticos, sacros e incluso a-históricos.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, B., (1993), **Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo**, México, Fondo de Cultura Económica.
- Arancibia Clavel, P., *et.al*, (2007), **El Ejército de los chilenos. 1540-1920**, Santiago, Editorial Biblioteca Americana.
- Arendt, H., (1970), **Sobre la violencia**, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz.
- Chabod, F., (1987), **La idea de nación**, México, Fondo de Cultura Económica.
- Chakrabarty, D., (2000), **Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference**, Princeton, Princeton University Press.
- Chatterjee, P., (1986), **Nationalist Thought and the Colonial World**, London, Zed Books.
- Duara, P., (1995), **Rescuing History from the Nation. Questioning Narratives of Modern China**, Chicago, The University of Chicago Press.
- Earle, R., (2000), **Rumours of Wars: Civil Conflict in Nineteenth-Century Latin America**, London, Institute of Latin American Studies.
- Eliade, M., (2001), **El mito del eterno retorno**, Buenos Aires, Emecé.
- Estado Mayor del Ejército, (1981), **Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile**, Santiago, Academia de Historia Militar.
- Fernández Bravo, Á., (2000), **La invención de la nación: Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha**, Buenos Aires, Manantial.

²⁷ Eliade, Mircea, **El mito del eterno retorno**, Emecé, Buenos Aires, 2001.

- Farge, A., (2008 [1997]), **Lugares para la historia**, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales.
- Gellner, E., (1988), **Naciones y nacionalismo**, Madrid, Alianza Editorial.
- Góngora, M., (1986), **Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX**, Santiago, Editorial Universitaria.
- Henríquez, N., (2000), **El hechizo de las imágenes: Estatus social, género y etnicidad en la historia Peruana**, Lima, Universidad Católica del Perú.
- Hobsbawm, E., (2000), **Naciones y nacionalismos desde 1870**, Barcelona, Crítica.
- Jocelyn-Holt, A., (1992), **La independencia de Chile. Tradición, modernización, mito**, Madrid, Mapfre.
- Le Goff, J., (1991), **El orden de la memoria: el tiempo como imaginario**, Barcelona, Editorial Paidós.
- López Urrutia, C., (2000), **Historia de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. 1837-1839**, Santiago, Editorial El Ciprés.
- Mc Clintock, A., (1995), **Imperial Leather. Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest**, New York, Routledge.
- Mc Dowell, L., (2000), **Género, identidad y lugar**, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Sotomayor Valdés, R., (1896), **Campaña del Ejército chileno contra la Confederación Perú-Boliviana en 1837**, Santiago, Imprenta Cervantes.
- White, H., (2003), **El texto histórico como artefacto literario**, Barcelona, Ediciones Paidós.